

# ALEMANES EN LAS REGIONES EQUINOCIALES

**José Angel Rodríguez**  
(Compilador)



Colección Trópicos

ALFADIL EDICIONES Comisión de Estudios de Postgrado, FHE-UCV  
AvH-Stiftung

Colección dirigida por YOLANDA SEGNINI

1ª edición: mayo 1999

Cubierta: Denis Frank

Ilustración de portada: *Humboldt. Viajes y rostros imaginarios*, 1989, LUISA RICHTER.  
Pintura y *collage* sobre tela, 150 x 130 cm. Colección de la artista.

Reproducción: Luis Becerra.

© Alfadil Ediciones, 1999

ALFA Grupo Editorial

Apartado 50.304

Caracas 1050 / Venezuela

Telf.: [+58-2]7623036 / Fax [+58-2]7620210

E-mail: [alfagrupo@cantv.net](mailto:alfagrupo@cantv.net)

[www.alfagrupo.com](http://www.alfagrupo.com)

ISBN: 980-354-071-8

Depósito legal: lf50419990064.11

Edición al cuidado de Bernardo Infante Daboín

Selección y textos del material fotográfico a color: Juan Carlos Palenzuela

Selección y textos del material fotográfico blanco y negro: José Ángel Rodríguez

Reproducción blanco y negro: Vladimir Sersa

Autoedición electrónica y diseño interno: IMPRIMATUR, artes gráficas

Tiraje: 1.000 ejemplares

Impreso en Venezuela por Editorial Melvin

*Printed in Venezuela*

JOSÉ ÁNGEL RODRÍGUEZ  
(Compilador)

# ALEMANES EN LAS REGIONES EQUINOCCIALES

LIBRO HOMENAJE AL BICENTENARIO DE LA LLEGADA  
DE ALEXANDER VON HUMBOLDT A VENEZUELA  
1799-1999

Alfadil Ediciones

Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y  
Educación, Universidad Central de Venezuela

Alexander von Humboldt Stiftung

## VIVENCIAS DE UNA HAMBURGUESA EN MARACAIBO (1883-1896)

*Antonio de Abreu X.*

La alemana Elisabeth Gross, oriunda de Hamburgo, fue la esposa de un representante comercial de la Casa Blohm en Maracaibo, quien en un momento fuera su empleado de mayor rango. Ella vivió en esa ciudad desde 1883 hasta 1896; primero, en la misma sede de la firma, ubicada en la Calle Comercio, y más tarde, en su residencia particular ubicada en el sector Los Hatillos, en las afueras de la urbe. Durante su permanencia en Venezuela, Gross mantuvo frecuente intercambio de correspondencia con una amiga, Constanze.

En ocasión del septuagésimo cumpleaños de su marido, el 1º de noviembre de 1921, Gross recopiló las cartas enviadas a su amiga y el compendio lo ofreció a su esposo como regalo bajo el título *Vida alemana en la lejanía*, obra que se publicó hace algunos años en Venezuela<sup>1</sup>. La importancia de esa correspondencia es que muestra aspectos poco conocidos de la vida cotidiana de los representantes comerciales extranjeros fuera del campo de sus actividades. A través de Gross, el historiador puede, por ejemplo, descubrir las emociones y experiencias nacidas del intercambio entre paisanos, la aplicación de la educación alemana al ambiente tropical y el impacto producido por el encuentro con nuevas gentes.

Este trabajo analiza algunos aspectos descritos por Elisabeth Gross y combina lo biográfico con lo geohistórico. Para establecer la comparación de las costumbres germanas y venezolanas, lograr una mayor comprensión de las actitudes culturales de los alemanes frente a ellos mismos y los venezolanos, ha sido menester recurrir a otras fuentes, en especial a la palabra de otros viajeros alemanes del tiempo de Gross. Para profundizar las relaciones entre Maracaibo y Hamburgo, la evolución paisajística de ambas ciudades y el vínculo con sus respectivos *Hinterland*, fue preciso también estudiar otros testimonios.

## UNA MIRADA A LA ÉPOCA

Cuando Elisabeth Gross dejó Europa en 1883, la situación política en ese continente era de relativa estabilidad. En efecto, antes de esa fecha se habían registrado acontecimientos y cambios cruciales para varios países europeos. Así, por ejemplo, Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1870-1871) sufrieron los embates de enfrentamientos bélicos con los estados alemanes, donde la presencia de Otto von Bismarck colmó la escena política desde 1862, en su papel como ministro-presidente de Prusia, y luego como canciller del Imperio Alemán desde 1871 hasta marzo de 1890.

Ésta es una época de gran competencia comercial interna y externa, impulsada por un exacerbado nacionalismo, que culminaría a la larga con la sustitución del colonialismo por el imperialismo<sup>2</sup>. En el caso alemán, Bismarck se erige como el gran impulsor del comercio exterior y de una agresiva adquisición de colonias en África, Oceanía y China. Toda una estrategia política fue puesta en práctica. De esta manera, las casas de comercio —tanto en las nuevas colonias como en otros mercados externos— se convirtieron en agentes de importación y exportación, aseguradoras, agentes bancarios, compañías navieras, entes aduanales; y sus directivos asumieron, acorde con la política del «canciller de hierro», responsabilidades de auténticos funcionarios consulares. Para ello se necesitaba un personal altamente capacitado y con excelente instinto para los negocios.

Cuando leemos sobre las condiciones reales de trabajo y los lugares lejanos a donde era enviado este personal, sus viajes adquieren matices de cruzada heroica<sup>3</sup> dentro del espíritu imperial de la época. A la aventura propiamente dicha, se sumaba una ética de trabajo que imprimía carácter serio a los negocios. Esta particularidad, que muchos representantes comerciales supieron mantener en alto gracias a la férrea educación recibida en su juventud y a los principios comerciales inculcados en ellos, les otorgó cierta imagen de cruzados. En general, esos hombres partían solos, y algunas veces con sus familias cuando eran casados, a defender y consolidar los intereses de la gran patria.

### Comprensión del personaje

Para Elisabeth Gross ser esposa de un comerciante alemán significó con frecuencia sacrificios, ciertamente muy particulares; en ese ámbito, las mujeres estaban sometidas al ritmo de vida y campo de acción de sus maridos, quienes incluso vestían de una manera estipulada. En las *Memoorias* de Heinrich Rode podemos conocer mejor la mentalidad del correcto comerciante hanseático *obligado a vestirse de acuerdo* a su posición y que se imponía, entre otras cosas, *la formalidad de llevar sombrero de copa al visitar*

los *apostaderos de la Bolsa* en Hamburgo. Al padre de Rode, como para no pocos comerciantes conocedores de la importancia social del núcleo familiar, *no le gustaba mucho salir solo de su casa; prefería verse acompañado* [de su esposa e hijos] [...] [y] *actuar siempre como el guía de la familia, un hábito despótico* que su madre supo soportar<sup>4</sup>.

Similar fue la experiencia vivida por Elisabeth bajo el techo común familiar hamburgués. En sus escritos nos ubica en el apartamento del primer piso, justo sobre el negocio de azúcar de su padre. Elisabeth, oriunda de Hamburgo, una ciudad conocida por su conservadurismo, sabía de las relaciones estrechas entre las actividades profesionales del jefe familiar y la vida privada, hasta llegar incluso a compartir la casa con los negocios. Esta experiencia la puso en práctica cuando al llegar a Maracaibo, le tocó vivir en un *hogar de solteros* conformado por empleados de la Casa Blohm.

La distinción del comerciante hanseático traspasaba las barreras de los *apostaderos de la Bolsa*, se expresaba igualmente a través de diversas manifestaciones culturales promovidas desde el senado de la ciudad. La *Rathaus* (sede del senado de Hamburgo) imponía a la vida de la ciudad el alto nivel de los aristócratas miembros de sus cámaras. Las grandes familias, de marcado acento conservador, se aferraban a un espacio político delimitado por ellas mismas y transmitían a las jóvenes generaciones la responsabilidad de representar el apellido familiar acorde con su noble origen hamburgués. Aún hoy en día, se deja oír aquel restrictivo dicho de *ser hamburgués, sólo después de la tercera generación*. Gross no pudo escapar, ciertamente, a su formación. A lo largo de sus cartas, se queja con frecuencia de la falta de entretenimientos culturales en Maracaibo, el grado de educación o la región de procedencia de tal o cual comerciante alemán.

La relación del Senado era también muy estrecha con la Iglesia. El espíritu humanitario prevalecía por entre los aspectos morales inculcados por los pastores protestantes. La iglesia de Sant Michaelis (San Miguel) y sus alrededores constituían un símbolo inequívoco de *status*. El señor Rode, aparte de mostrarnos el orgullo de un hamburgués nacido *en la calle de la casa parroquial* cerca de la iglesia, cuyos *alrededores estaban poblados por algunas familias importantes*, ejemplifica muy bien la importancia de la continuidad profesional y defensa de los intereses familiares, en su caso, de *comerciantes desde 1806*<sup>5</sup>. Gross se apega también a esta iglesia protestante, tanto en su sede física, al efectuar en la Sant Michaelis el bautizo de sus hijos, como por los principios, al considerar con gentileza la situación de sus empleados en Maracaibo.

En Hamburgo, las grandes casas comerciales con nexos internacionales formaban a su personal según sus necesidades, brindando a éste todo un mundo de posibilidades de éxito en los negocios. En general, se reclutaban jóvenes salidos de las familias aristocráticas. A cambio exigían el cumpli-

miento de ciertas normas, las cuales, en forma indirecta, incluían la planificación de la vida privada de sus empleados. Las cartas de Elisabeth Gross nos muestran, por un lado, la labor silenciosa de una esposa que vive vinculada a las actividades de un representante comercial y, por otro, el soporte fundamental de la mujer a la buena marcha de los negocios.

### Intereses comerciales en Maracaibo

De la importancia del comercio con Venezuela, tenía gran celo el gobierno o senado de Hamburgo, que nombró como primer cónsul de esa ciudad-estado en Maracaibo al comerciante Theodor Schön en el año 1844<sup>6</sup>. Este cargo político tuvo validez hasta 1871, cuando las actividades de los cónsules hamburgueses terminaron con la instauración del Imperio Alemán; la nueva representación estaba a cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores por intermedio de un enviado. Sin embargo, la presencia comercial alemana, y particularmente de ciudadanos hamburgueses en Maracaibo, fue más evidente con el ejercicio de los cónsules.

En la década de 1850 —señala Rolf Walter— aumenta el número de alemanes que ingresa a Venezuela, cuyo puerto de embarque había sido la ciudad hanseática o sus puertos vecinos. Ejemplo de ello es que de 27 buques que parten de Hamburgo en 1851, 3 venían con grupos de inmigrantes; en 1855, 8 navíos de los 180 que atracaron en el puerto marabino provenían de la misma ciudad. Ese mismo año, C. L. von Holten, cónsul danés en Maracaibo, también registró buques procedentes de Altona, un asentamiento en Holstein cerca de Hamburgo y que era para ese entonces parte de Dinamarca.

Pero la preocupación alemana por el mercado venezolano data desde casi comienzos de la república, cuando en 1838 tres ciudades de la *Hanse*, Hamburgo, Bremen y Lübeck, suscribieron un tratado con Venezuela, en el cual se estipulaban los beneficios aduaneros a favor de las casas comerciales alemanas dedicadas al intercambio internacional de bienes. El interés en este intercambio era mutuo. Para Venezuela *los ingresos fiscales por derechos de aduana eran el renglón número uno en los Haberes de la Hacienda del país*<sup>7</sup>. El comercio de Hamburgo con Venezuela se incrementaba continuamente en pos de otros mercados *para cultivarlos y ampliarlos*, debido a que la industria alemana ya estaba produciendo en exceso una gran diversidad de bienes y mostraba signos de carencia de materias primas.

A mediados del siglo XIX, y destinados a los puertos alemanes, Venezuela enviaba gran variedad de artículos (pieles secas y curtidas, dividive, tabaco, algodón, etc.). Se notaba una creciente monopolización de la exportación a través del café. El mercado de la rubiácea impulsó la expansión de terrenos del cultivo en todo el mundo y las casas alemanas tuvieron el olfato para aprovechar esta situación en el *Hinterland* marabino. Los

representantes comerciales inundaban el pequeño mercado regional con mercancías importadas e instalaron una infraestructura para sacar adelante el comercio internacional a través del puerto de Maracaibo. Una comunidad importante de alemanes, entre ellos muchos hamburgueses, estaba presente en la región<sup>8</sup>.

### Representantes comerciales alemanes en la zona

Muchos de los enviados comerciales eran reclutados entre aquellos que ya habían servido militarmente a la patria, demostrado tener interés en los negocios y acumulado experiencias en el comercio local alemán. Muchos provenían de familias con tradición de comerciantes, por tanto con una férrea educación matizada con cierto nacionalismo conservador. Estos hombres tenían sobre sus hombros la responsabilidad de velar por los intereses y la imagen de Alemania en el exterior. Prueba de ello son las investiduras como cónsules y embajadores dadas a comerciantes alemanes establecidos en Venezuela.

Para Elisabeth Gross esta función de su marido estaba también bastante clara, y si bien ella demuestra en más de una ocasión ser excelente esposa hamburguesa, al presentarse con su marido en las reuniones sociales de éste, también exhibe sus dotes de diplomática, cuando para sacar de apuros a su esposo, asilado en la seguridad del hogar tras haber sido amenazado de muerte por un rival, invitó a los enemigos a cantar, bajo la decoración navideña de la casa de los Gross, los estribillos del tradicional aguinaldo *Tannenbaum* [pino navideño].

Los principios de camaradería y servicio eran inculcados por las firmas a su personal. Una vida compartida con los colegas era impuesta por condiciones contractuales. Los solteros disponían de un alojamiento común y en forma alternada los jefes del negocio supervisaban la cocina, a los subalternos y los gastos generales del condominio. Los informes sobre la vida comunitaria debían rendirse a la casa matriz y esta tarea de dirección y control doméstico significaba una muestra de *talento práctico y de organización*<sup>9</sup>. Esta cualidad la evidenció Gross una vez aprendido el oficio con el administrador que se encontraba de turno a su llegada a la firma.

La facilidad para aprender idiomas era también un requisito indispensable para los jóvenes que se postulaban a un cargo en el extranjero. Indiscutiblemente por el origen social de muchos de estos candidatos, familias de comerciantes en permanente contacto con extranjeros que llegaban a los muelles de Hamburgo, los jóvenes estaban en capacidad de dominar al menos otra lengua. Cuando no era así, eran expertos en la aplicación oportuna del nivel lingüístico, una especie de enseñanza sociológica aprendida por el contacto con los diferentes dialectos alemanes y la idiosincracia de sus interlocutores<sup>10</sup>. Éste no era el caso de Elisabeth, como veremos más adelante.

Con tan altas exigencias por parte de las firmas empleadoras, es lógico suponer que estos jóvenes estaban capacitados para desempeñar diversas labores comerciales en el extranjero, ganarse la simpatía y el respeto de los nacionales y obtener de ello la mejor de las ganancias. Rode nos habla de los beneficios que les deparaba el futuro a estos representantes comerciales:

*Era costumbre que los jóvenes empleados alemanes trabajaran al principio con bajo sueldo y casa y comida libres. Si eran física y espiritualmente fuertes para resistir la monotonía de la vida no muy saludable de los trópicos, y la seducción del juego, la bebida y de las apasionadas mujeres suramericanas y lograban aplicación y aptitud comercial, reunían al pasar el tiempo, un pequeño capital que les permitía participar en la empresa en la cual trabajaban<sup>11</sup>.*

Éste fue el caso del esposo de Elisabeth, Rodolfo Gross.

## UN INTERCAMBIO DE MIRADAS

La sociedad inculca valores y condiciona la vida de sus individuos según las convenciones del grupo social al que éstos pertenecen. El contacto con un nuevo medio social influye, bien por transformaciones o por nuevos agregados, en la visión del mundo que haya podido ser inculcada por la sociedad donde nacimos. Gross observa cómo la interrelación de los alemanes, en tanto grupo, se desenvolvía al ritmo que marcaba la gente marabina; ella comenzó a sopesar la maleabilidad de su propio carácter y a brindarle flexibilidad al contacto social.

La disciplina que caracteriza al pueblo germano se enfrentó en Maracaibo a costumbres diferentes que, en comparación, eran tenidas por los teutones como relajadas. Sin embargo, el comportamiento de Gross fue cambiando al igual que el de sus compatriotas, tanto que ella, en una de sus visitas a Alemania, resintió la rigidez y poca comprensión por parte de aquellos alemanes, quienes no habiendo apostado a la suerte de salir al mundo, permanecían ajenos a la experiencia de lo diferente. O incluso de otros, que viviendo en Maracaibo o en New York, mantenían vivos los celos del regionalismo alemán y el desdén hacia lo autóctono del medio que los cobijaba.

### Mirarse los unos a los otros

Elisabeth Gross, aparte de elaborar su autorretrato, presenta los rasgos más resaltantes de la conducta de los *alemanes-maracuchos*, tanto de aquellos menos distendidos por el ambiente social, como de aquellos abandonados al disfrute de las delicias del trópico mencionadas por Rode.

El testimonio de los primeros días de Gross en suelo marabino es un buen ejemplo de las angustias psicosociales que implica la adaptación al medio como su influencia en la educación recibida. Recién llegada, ella rabió de disgusto por el desacato a ciertas reglas sociales y de convivencia, la impuntualidad, la falta de caballerosidad y el desorden manifestado por sus inquilinos alemanes, conducta que ella interpretó como un relajamiento de las costumbres de su grupo. Éstas, como ella misma más tarde las describe, seguían siendo rigurosamente observadas en su Hamburgo natal, pero ella habría de reconocer que ciertas expresiones de la conducta humana no se daban tan espontáneamente en Alemania como en Maracaibo: la manifestación pública de cariño, por ejemplo.

La visión del mundo de Gross empezó a alargarse con música: la de la tonada oída todos los miércoles y asociada a la *Hamburg-Amerikanischen Paketfahr-Gesellschaft* (Compañía Hamburguesa-Americana de Navegación) cuyo embarcadero estaba cerca de la casa de sus padres. No era la Elisabeth que escuchaba la melodiosa despedida a los pasajeros que emprendían viaje. La tonada ahora sonaba distinta: sonaba para ella a la hora de su partida. Otras melodías, la del vapor *Blankenese* y la que suspiraba desde el pueblo de Cuxhaven, cuyo puerto era llamado el *Viejo amor*, le anunciaban por igual la despedida de su país. El aire de estos acordes acompañaba el cambio interno que se suscitaba en Gross; de espectadora pasiva del espectáculo del puerto pasaba a ser partícipe del mismo, a ser pasajera. Desde este momento ella comenzó a descartar toda duda sobre su integridad y autodominio, y poco a poco, va a mostrarnos ese principio hamburgués de *dirigirse uno, por sí mismo, y no dejarse imponer por las circunstancias de afuera, que lo rodean, y que pretenden obligarlo a que haga esto o aquello, al buen tuntún*<sup>12</sup>. Este saludo con música se mantiene en el puerto hanseático de Hamburgo hasta nuestros días. En una vecindad muy cercana, en Wedel, están instalados equipos electrónicos que se activan cuando una embarcación de gran envergadura navega frente a este suburbio, los cuales transmiten las tonadas de viejos marineros del pueblo vecino de Blankenese.

En Maracaibo, momentos antes de ver por vez primera la sede de Blohm y Cía., *el lugar donde se establecería y las personas con quienes iba a convivir*, Gross expresa su sorpresa de ver izada la bandera alemana en algunas casas costaneras y de ser recibida luego por *toda la juventud alemana*, quienes *venidos en sus propios botes* le permitieron escuchar *las primeras palabras* de gentes del lugar. Aquéllo fue música para sus oídos. Este primer encuentro con la sociedad alemana sirvió para hacer comparaciones apresuradas con las otras gentes del lugar, tanto fue así que, una vez en tierra y camino a su nuevo hogar, confundió a la esposa del jefe de su marido, *una hamburguesa, blanca como la nieve y con el pelo rubio claro*, con una negra.

Estas primeras impresiones van quedando archivadas en el recuerdo de Elisabeth y, a medida que se avanza en la lectura de sus cartas, nos damos cuenta del cambio experimentado. Aprende a comprender y tolerar mejor la actitud de sus paisanos hasta convertirse en especie de *madre para los jóvenes*, a quienes antes había criticado casi sin cuartel; del contacto con su servidumbre y las gentes locales ella asimila no pocas cosas. Entre otras, permite las siestas e inclusive una noche, imitando la tendencia criolla de festejar cualquier acontecimiento, celebra la recolección del cadáver de una mula, que había caído muerta días atrás frente a su casa, brindando en la calle con los trabajadores del aseo.

De sus apreciaciones sobre la juventud alemana en Maracaibo, nos habla de las imprudencias, de las jugarretas infantiles, de la falta de saber conducirse como gente civilizada; es el caso del joven que en su tiempo libre se dedicaba a tocar la flauta, pero en vez de tocar para ahuyentar las alimañas que espantaban a Elisabeth, se dedicaba a perseguir al gato por todos los rincones de la casa; también nos habla de la falta de limpieza de un hogar de solteros y de cómo éstos se beneficiaron al tener una alemana como ama de casa: de la falta de autoridad sobre el personal e ineficaz administración a la hora de las compras, ella instaura un régimen de economía doméstica. Gross denuncia, además, el mal comportamiento y falta de galantería de los mozalbetes en momentos de convivencia social, cuando ellos no cumplían con el mínimo de atención que debía ser dispensado a las damas, fueran éstas alemanas o criollas, jóvenes o viejas, con bella dentadura o con los dientes en desorden, como el caso de una institutriz contratada por Gross en Alemania, blanco de burlas frecuentes de estos patiquines.

En el tiempo de su estancia en Maracaibo, Gross descubre el desparpajo de los alemanes en cuanto a burlas se trata. Ella misma es blanco de burlas al cometer los errores propios de cualquier aprendiz de lengua extranjera y, a tal respecto, cataloga a sus paisanos peores que los locales, quienes más comprensivos la estimulaban a superar las faltas gramaticales. Gross aprendió a valorar los obsequios y a distinguir la calidad de los mismos. Había presentes ocasionales, cosa que ella desconocía cuando vio la sala de la que sería su casa colmada de bellos arreglos florales, pero de los cuales debió regresar los floreros a sus dueños. El grupo alemán estaba supeditado a las condiciones del mercado local y sus excesos, tal como regalar floreros, constituía un lujo. La intención a la hora de regalar era por tanto muy tomada en cuenta. Sin embargo, había momentos para molestarse. Elisabeth desestimó las ruedas de pescado recibidas de un amigo alemán, por que se enteró luego de ella haberlas comido, que éstas eran de tiburón del lago de Maracaibo, lo que constituyó gran sorpresa para ella porque nunca lo había comido y veía a los escualos con malos ojos por devorar carne humana.

Pero el humor alemán también se manifestaba en reuniones y otro tipo de expresiones. Después de los almuerzos que Gross ofrecía en su casa, los invitados postergaban las conversaciones sociales de rigor para horas más tardías y emprendían veloz carrera a los chinchorros. El acercamiento entre los individuos era, por supuesto, más libre que en Alemania y ciertas atenciones espontáneas, como adornar una tumba ajena, regalar un pino original para Navidad o tras la partida de un amigo, declararse huérfano de una amistad, constituían demostraciones de afecto poco frecuentes en la madre patria. Gross nos muestra también el arraigado sentido regional y nacionalista de sus compatriotas. Ella resume como absurda la crítica a una ensalada de arenques, plato típico del norte alemán, objeto de displicencia por parte de unos alemanes del sur *difíciles de complacer*, pues ellos no gustaban *de tales menjurjes*. En reuniones de cierta importancia, la imperial bandera alemana ondeaba, tropicalizada en medio de flores y hojas de coco, como decoración en las paredes.

La vegetación de las selvas vecinas a Maracaibo y aquella propia de la costa, servían de marco no sólo al pabellón oficial alemán. La Iglesia protestante no tenía una sede en la ciudad para la época cuando los Gross vivieron en Maracaibo. Ante las dificultades económicas y geográficas para viajar con frecuencia a Curazao, único sitio posible para asistir a oficios religiosos protestantes, los Gross optaron, en algunas ocasiones, por dedicarse a la contemplación espiritual sentados en el patio de su casa. Desde allí miraban el lago enmarcado por cocotales, que representaba para ellos un *templo con techo de palmas*.

Mientras en Maracaibo el carácter alemán se amoldaba al patrón de una vida menos controlada, en el terruño todo seguía igual y ni el diario pasar de extraños por los puertos de Hamburgo parecía haber facilitado el contacto con diversos grupos de gentes. Gross lo constató en sus dos visitas a Alemania; la primera, desde mediados de 1889 hasta el otoño de 1890, después de vivir seis años en Venezuela, y la segunda, desde 1893 hasta mediados de 1894. En esas ocasiones observó, con no poca sorpresa, el asombro causado por el color y modales de su sirvienta, y hasta su misma actitud, más emprendedora y resuelta ante asuntos cotidianos, o su manera de responder, sin la debida humildad femenina, a su esposo, asuntos que ameritaron una reprimenda maternal.

### Orden y más orden

Así como pasó con alemanes llegados a Maracaibo antes que Gross, ciertos convencionalismos y prejuicios fueron abandonados. Una primera etapa de su estancia refleja el orden germánico: la manera de administrar la casa, su disgusto por el número de comensales a su mesa familiar, las objeciones a la conducta y pasatiempos de los jóvenes empleados, a quienes

fijó con rigor hamburgués una hora para las visitas —previamente invitadas— que acudían a su nuevo hogar. Lo cierto es que luego de luchar por mantener apariencias y convencionalismos sociales germanos, ajenos ellos al medio que la rodeaba, pasó a liberar poco a poco su capacidad de improvisación y, progresivamente, fue más comprensiva y flexible. Los mismos jóvenes alemanes fueron testigos de esta transformación. En agosto de 1892, Elisabeth escribió a su amiga: *Todos pueden venir sin invitación y así lo hacen [...] A veces se reúnen hasta veinticinco jóvenes. Llegan a las 8 de la mañana y se quedan hasta las 10 de la noche.*

Cuando Elisabeth Gross se hallaba, en enero de 1887, de vacaciones en Betijoque, que era entonces un pueblo de *una sola larga calle asfaltada* —aquí seguramente quiso decir empedrada—, pensó que *en el campo, podía hacer lo que [...] le placiere* y espontáneamente se sentó frente a su casa, en las escaleras del pórtico, a la vista de todo transeúnte, a jugar con sus hijos. Una mujer de Hamburgo, madre preocupada y señora bien cuidada de los comentarios ajenos, no cometería tales faltas. Pero esta improvisada hazaña fue desaprobada por una andina refinada, quien le exigió comportarse según los modales andinos de *la gente culta*. El hecho de estar lejos de Maracaibo —sermoneaba la andina— no significaba estar ¡entre bárbaros!

En la organización minuciosa de reuniones y hasta de alguna presentación teatral, Gross toleró ciertos descuidos, propios para ella, de la gente del trópico. El adjetivo alemán *pedantisch* se aplica a aquellas personas en extremo meticulosas, y si vemos la dedicación de Gross hasta para actos pasajeros, éste le va muy bien y sirve para dejar al descubierto la lasitud de otros. Para la interpretación de una germanía (representación femenina de la patria alemana) en una obra de teatro, Elisabeth se dedicó a hacer un traje *exactamente igual al de la fotografía* que había parado en sus manos; confeccionó una peluca descabellando *una muñeca rubia*, pegó *piedras falsas, de un muestrario para zarcillos* a una corona hasta *hacerla parecer original* y, para esgrimir una espada convincente, la mandó a confeccionar en madera a un carpintero. Tales esfuerzos no se compaginan con la actitud de las otras damas que *solamente se habían sujetado las telas con alfileres. ¡Muy a la criolla!* ¡Esto hizo sentir mal a las demás veleidosas actrices! Pero lo cierto es que la vestimenta y la moda siempre fueron objeto de atención para esta joven ama de casa. Además, no hemos de olvidar, como explicamos, la rigurosa etiqueta impuesta en Hamburgo para ciertas actividades.

Con el tiempo, Elisabeth Gross se vuelve cada vez más impulsiva. Así, no hay correspondencia entre el proceder germano de los Gross en el momento de declarar los bienes traídos desde Alemania en la aduana de Maracaibo y el pequeño contrabando de azúcar que ella realiza, a pesar de la negativa de su esposo, desde Curazao. Había, no obstante, una razón

sentimental: era azúcar procesada por la fábrica de su padre en Hamburgo. En otro momento, ella olvidó el pudor que debe tener toda mujer tenida como decente, y estuvo dispuesta a lanzarse a la calle en dormilona en busca de un policía para así solucionar un problema doméstico. La obsesión alemana por el tiempo también sufrió no pocos cambios. Ella pudo hacer abstracción del disgusto ante el incumplimiento de horarios o citas pautadas y hasta brindar de regocijo al término correcto de ciertas labores, aunque éstas fuesen tardías, como fue el caso de aquel brindis callejero por la recolección de una mula muerta frente a su casa.

En los primeros años de su permanencia en Maracaibo, la rigurosidad del diario convivir con los suyos se hizo cada vez más difícil de llevar. Ella constató que muchas de las cosas de la vida pueden ser previstas, pero que éstas pueden ser obstaculizadas por el medio geográfico, a veces abiertamente adverso a sus principios. La fuerza del medio la pudo constatar incluso en la vida de hogar, en su relación con su marido, cuando fijó los horarios para desayuno y almuerzo, al planificar la educación de sus hijos alejándolos de los colegios venezolanos, y al fundar una escuela al aire libre en el jardín de su *ranchería*. El mejor ejemplo de la necesaria consideración del espacio geográfico lo vemos en el viaje a los Andes iniciado en enero de 1887 por los Gross, quienes padecieron una serie de vicisitudes ocasionadas por el desconocimiento del tiempo de recorrido entre puntos de abastecimiento y lugares poblados. Los períodos o etapas de viaje eran difíciles de prever, pues las horas calculadas para llegar a un sitio podían multiplicarse con un chubasco, un camino pedregoso o una bestia cansada.

### ¿Tolerancia o racismo?

Si bien Gross critica abiertamente los desmanes que llevan a cabo sus compatriotas entre sí —entre aquellos que procedían del sur y los del norte, por ejemplo— y contra los locales, la convivencia en Maracaibo era reflejo de un sentimiento auténtico y de la necesidad de agruparse no sólo en torno a la identidad de una recién unificada Alemania, sino de involucrarse también con sus huéspedes.

Aunque en Gross existen muestras de referencias clasistas, éstas no fueron más que episodios aislados. Elisabeth Gross se nos muestra molesta al ver cómo los jóvenes, quizá faltos de mundo pero imbuidos de identidad nacional, preferían bailar con una institutriz fea y con los dientes salidos pero alemana, antes que con las bellas damas criollas. La actitud de Gross cuando rechazó la coquetería femenina del trópico, manifestada prematuramente en una niña criolla, quien *con un abanico y uñas pintadas de dorado* a jugar vino con sus pequeños, se justifica desde el punto de vista de los planes de una madre, preocupada por el porvenir de sus hijos, quienes eran educados para continuar la vida familiar en Alemania.

Es frecuente el empleo de términos que podrían interpretarse como peyorativos, para aludir a la servidumbre y a los locales. Pero el tiempo dejó su huella y con la convivencia, Gross aprendió a comprender las diferencias y llegó a erigirse en defensora del desposeído. En 1883, en su viaje con destino a Venezuela, se detuvo por diez días en New York y se impresionó por los abusos cometidos contra la población negra, a la cual ya estaba acostumbrada después de varios años en Venezuela. Comentando a su amiga Constanze la opinión despreciativa de un acompañante alemán ante los negros muertos en un accidente, escribía que le era *inadmisible que la vida de una persona de color tenga menos valor que la de un alemán*.

De vuelta en Maracaibo, ella siguió mostrando su total aceptación de la condición humana ajena, flexibilidad que aprendió, ciertamente, en el trópico después de varios años de contacto con gente tan distinta a ella. Es significativo que el proceder de Gross fuese responsable de la *locura* de una de sus criadas: recibir una casa como regalo fue para la desposeída un hecho difícil de concebir. Elisabeth no se aprovechaba del estado de desventaja de los humildes e incluso ella, refinada y blanca, se asoció con una de sus criadas en la ceba de cerdos, que le proveía a su cocina el tocino necesario y a la criada una entrada extra por la venta de la carne. Elisabeth podía incluso criticar con enojo la forma como se autosubestimaba la servidumbre de su casa, cuando tras una onda sísmica, ésta corrió hacia ella en busca del amparo de su *blanca patrona*.

Dando muestras de la influencia de los pastores protestantes de Hamburgo en su educación y concepción del mundo, Gross tuvo un choque emocional cuando se entera de la venta en Maracaibo de niños indios a los señores blancos, entre ellos muchos de sus paisanos. Por otra parte, si bien ella acepta la situación del pequeño criado que *pertenecía al inventario de la casa de solteros*, no deja de sentir compasión por el abandono de la infancia de la región y el estado de mendicidad de sus familias. En materia de niños, Gross se nos presenta como madre agradecida y mujer consciente cuando, aún no totalmente acostumbrada a la institucionalizada contratación de nodrizas negras, deja a sus *hijos con las dos muchachas de servicio* en Betijoque para salir de paseo a Trujillo con su marido: su fiel criada, *Agustina cuidaba a Luisa con seguridad y lealtad, como sólo saben hacerlo las negras y demás ayas de acá*.

Elisabeth Gross tuvo siempre conciencia de lo que significaban los cambios de conducta que experimentaba su personalidad. Esta reflexión se hacía más intensa cuando pensaba en Alemania. Mientras vivió en Maracaibo, realizó esfuerzos orientados a mantener vivos los recuerdos de la madre patria, como por ejemplo, cocinar *sopa de cerezas con masa* o preparar *albóndigas de hígado*. Pero el tiempo fuera de Alemania dejó su huella: fue criticada en Hamburgo por tomar decisiones poco cónsonas con su posición de esposa, y sus hijos fueron catalogados de *salvajes* por su familia y

de *paganos* por el pastor de la ilustrísima iglesia local, la Sant Michaelis. Su gran temor al abandonar Venezuela era, definitivamente, haber cambiado demasiado y ser considerada en Alemania como *la de ultramar*.

## VIVIR EN LA LEJANÍA

Todas y cada una de las experiencias vividas por Elisabeth Gross nos sirven para comparar los espacios andinos y marabinos, la vinculación humana con los mismos y con aquéllos del puerto hamburgués, de donde, desde su tierna infancia, veía zarpar barcos que luego pasaban frente a su casa paterna. Ella no podía imaginar que estos mismos barcos la llevarían a realizar, acompañada de muchas vicisitudes, el trayecto transatlántico seis veces, a desembarcar en muelles distantes, que le abrirían las puertas a un mundo de aventuras.

### Las grandes travesías, los medios y las vías

Gross pudo comprobar lo largo de los viajes, las indisposiciones de los pasajeros o la incomodidad de los transbordos a los que estaba obligado el viajero debido a la ruta marítima (Hamburgo, Cuxhaven, Nueva York, Caracas, Puerto Cabello, Maracaibo o Curazao). Pudo constatar no sólo el problema de las instalaciones portuarias, sino el de muchas comunicaciones de la época.

Maracaibo no era el único puerto que requería de un *práctico* para evitar las barras, o donde los grandes barcos estaban obligados a permanecer en la rada sin acercarse a muelle alguno. Algo parecido pasaba en Hamburgo. Debido a la acumulación de sedimentos, arrastrados por la corriente del río Elba que pasa frente a la ciudad, era imposible el arribo de navíos de gran calado al puerto de la ciudad. Los grandes buques debían esperar frente a Cuxhaven, un pueblo emplazado *en el bajo Elba, donde el agua es tan profunda que pueden navegar los más grandes barcos completamente cargados*, incluido los de pasajeros, como el *Westfalia con toda su majestuosa grandiosidad*. Esto era lo que obligaba el traslado de pasajeros desde Hamburgo hacia el estuario. Por su parte, en Nueva York existía *una gran competencia entre los barcos de los prácticos*, y ésta era la razón por la cual ellos partían *todos los días hacia alta mar, para interceptar los barcos*. Los operadores de estas embarcaciones, encargados de guiar por entre los obstáculos que entorpecían el arribo de los grandes barcos a los puertos, sabían cuando éstos estaban por llegar y que cuanto más grande el navío, mayor sería el ingreso.

El tráfico de barcazas, las casas e instalaciones industriales a orillas del lago de Maracaibo, el ajetreo del mercado frente a las instalaciones portua-

rias o las regatas en el lago, son rasgos comunes de dos ciudades personalizadas por la presencia del agua en sus respectivos emplazamientos geográficos. Las barcazas del Binnen Alster en Hamburgo, que llevaban pasajeros entre los diferentes muelles de este lago interior, no tenían iguales en el conglomerado urbano marabino. Allí, lanchones inestables llevaban a bordo no sólo los mercados y las mudanzas a las nuevas urbanizaciones en las afueras de Maracaibo, sino también a las amas de los enseres, que una vez percatadas de la fragilidad de las vetustas «naves», proseguían el viaje al borde de una crisis de nervios. Las embarcaciones mayores y más seguras salían con destino a los puertos al sur del lago, como La Ceiba y Gibraltar.

En cuanto al transporte público, el marabino, nos indica Gross, era a *propia cuenta y riesgo* del pasajero. El viaje en tranvía tirado por mulas podía durar más de lo previsto si alguno de los animales caía en medio de la vía fulminado por el esfuerzo y el calor. A bordo, donde los hombres tenían prohibido fumar y la limpieza dejaba que desear por la reticencia del empleado a pasar la escoba, el servicio no podía compararse con *los maravillosos vagones pullman de los trenes* (los cuales incluían hasta servicio de barbería), que disfrutaron los Gross en su viaje al Niágara en mayo de 1893. Otro transporte terrestre era el traslado dentro de la *bolsa de carga* del burro, que hacían los criados cuando iban al mercado con las bolsas vacías. Pero si de una excursión a las tierras andinas se trataba, lugar de frecuentes visitas del esposo de Elisabeth, ella debía cargar con alimentos, mantas, las infaltables mudas de ropa, muebles, poncheras de peltre, criados, bestias de carga y accesorios de cocina. Estos últimos utensilios le fueron muy útiles para cocinar en las calderas del ferrocarril de La Ceiba, cuando emprendió un viaje a Betijoque. En el momento que Elisabeth Gross fue por vez primera a los Andes, las vías del ferrocarril de La Ceiba estaban siendo tendidas, y si alguna máquina circulaba sobre los rieles todavía sueltos, aminoraba tanto la marcha que incluso los pasajeros podían de hecho descender y alcanzar nuevamente el tren. Así lo hizo Pelayo, uno de los criados de los Gross cuando perdió su sombrero al asomarse, asombrado por el invento del siglo, a una de las ventanillas: bajó a recogerlo y se montó de nuevo al vagón en marcha, tras alcanzarlo con una breve carrera.

Una vez en la improvisada estación terminal, desde donde se proseguían las obras de tendido de la línea, la continuación de los viajes se efectuaba por los caminos del comercio del café —veredas tan estrechas que bastaban a veces tan sólo para la bestia o el caminante—, dominio al fin y al cabo de muleros experimentados o de viajeros con una buena montura para soportar la jornada. La aventura de la selva, la exposición al riesgo de las paredes de lajas, la travesía de las quebradas, la extenuante cabalgata, fueron vividas por Gross desde la silla de su caballo Ben Ali. Desde Betijoque, ella visitó Escuque, Trujillo y otros pueblos andinos. Para no desfallecer en el

camino, se reconfortó en los albergues a donde llegaba, ya al límite de sus fuerzas, pero dispuesta a revitalizarse con un café con aguardiente, el típico *calentatto andino*. Contraria a su Hamburgo natal, ciudad rodeada de terrenos planos o de poca inclinación, la orografía andina, por donde circulaban las recuas portadoras del café de la región, era de lo más abrupta y variada. El enfrentamiento de Gross a estos paisajes significó algo nuevo y extenuante. En carta a su amiga Constanze, Elisabeth se preguntaba: *¿De qué servían en este viaje por la montaña, las clases de equitación sobre caballos mansos, que había tomado antes en Hamburgo?*

### Vencer el medio y el miedo. Enfrentar la adversidad

Gross persistió y no sucumbió ante la geografía, pero existía una razón muy personal, de mayor peso, que motivaba su fortaleza: su marido. En efecto, Rodolfo Gross parecía tener pocas veces en cuenta las diferencias del medio geográfico entre Alemania y Venezuela, y exigía a su esposa su rápida adecuación a la nueva situación. Las exigencias a Elisabeth no podían ser las mismas que a otras esposas, acostumbradas ellas a una vida urbana en una ciudad como Hamburgo, mejor acondicionada que Maracaibo, donde la vida cotidiana transcurría con menos sobresaltos. Si de excursiones se trataba, no pasaban éstas de ser visitas a campos planos donde pastaban animales domésticos, como era el caso del distrito hamburgués de Eimsbüttel, el cual, desde mediados de 1800, se había convertido en el lugar predilecto donde la gente pudiente acostumbraba ir de excursiones dominicales. Era un apacible campo abierto, donde pastaban mansas ovejas y aletargadas vacas, que fue luego transformado por la construcción de *Sommerhäuser* y *hochherrschaftlichen Villen* (casas de verano y villas señoriales). La vía que actualmente conduce del centro de la ciudad a este sector mantiene el nombre de antaño: *Schäferkampsallee*, que se traduce al español como *paseo al campo de las ovejas*<sup>3</sup>.

Para Gross, acostumbrada a este tipo de paseos, un viaje al *Hinterland* marabino podía catalogarse como una aventura a la selva, donde existían todo tipo de alimañas, en su mayoría peligrosas. Obligada por las exigencias, Gross luchó contra el clima, los animales, las enfermedades y contra todas aquellas nuevas situaciones que diariamente la retaban. Después de todo, sabía que los hombres alemanes gustaban de esposas bien dispuestas a acompañarlos a cualquier destino. Admiraban ellos también los rostros vivaces, y no caras de bobas cuando, por ejemplo, no entendían nada de una conversación en español, como fue el caso de Elisabeth al comienzo, y aquellas que tomaban decisiones más bien rápidas y de carácter aplomado. De no comprender el idioma, pasó a ser la mejor representante de su esposo en querellas comerciales. De espantarse ante la posibilidad de comer iguana desmechada, pasó a repetir, hasta apiparse, revuelto andino, plato

poco común para ella, pero el único manjar ofrecido a los viajeros en un parador en el camino a Escuque.

Gross era una mujer frágil cuando llegó a Maracaibo. En una ocasión tuvo que ser transportada por un *negro maloliente*, para evitar que se mojase en las charcas formadas tras un torrencial aguacero, situación más que común, y se contagiase de fiebre amarilla. Pero el nuevo medio le enseñó muchas cosas: la llevó, por ejemplo, a convertirse en enfermera y madre de jóvenes alemanes que no oían consejos y caían en cama debido a las calenturas. Pero ella supo cómo controlar los calores y sofocos no sólo de imprudentes enfermos. Bajo su cuidado, la insolación y las altas temperaturas dejaban de ser un problema para sus plantas del *Kleingarten*, construido en la terraza. Se trataba de un pequeño jardín marabino al estilo de aquéllos creados por el pedagogo alemán Daniel Schreber en el siglo XIX, ideados para aprovechar y proteger los espacios verdes alrededor de las ciudades. La gran diferencia era que el de Gross estaba protegido por armazones de madera y tela contra el calor, y no contra el frío.

La fauna venezolana es variada en especies y, dentro de ellas, es asombrosa la inmensa cantidad de insectos. Todo un muestrario de bichos, alimañas y plagas aparecían en cualquier cantidad y sitio. Garrapatas, arañas *mata caballos*, cucarachas, mosquitos, alacranes, ciempiés eran causantes de preocupación maternal. Gran estupefacción causó en Gross el hecho de constatar que las amenazantes *langostas vistas en la selva* camino a los Andes se habían desplazado hasta Maracaibo en forma tan imprevista que *de repente, se hizo de noche y no se podía ver nada y después de media hora las lindas matas de coco habían quedado como escobas*. Pero algunos animales cayeron vencidos ante el creciente valor de Elisabeth: de mujer timorata ante la posibilidad de toparse con cualquier bicho, pasó a matar serpientes cascabeles y corales y a acostumbrarse a las inofensivas culebras verdes que, para dormir, se enredaban en la ropa tendida al sol.

En Venezuela, Gross tuvo momentos de pródiga introspección bajo los cocotales o frente a paisajes de gran magnificencia. No fue la primera, tampoco la última. Basta leer al geólogo Hermann Karsten, quien visitó el occidente y Andes venezolanos entre 1844 y 1852, u observar el esplendor en las acuarelas de Anton Göring entre 1866 y 1874. Esa misma naturaleza motivaba al doctor Knoche, excéntrico médico alemán, conocido por los locales como Dr. Kanoche<sup>14</sup>, y radicado en las cercanías de Caracas, en el picacho de Galipán, subiendo por la Punta de Mulatos, a sentarse sobre la que habría de ser su tumba para reflexionar sobre el disfrute metafísico del paisaje tropical desde el más allá. De igual manera, pudo Gross complacerse con la vista del lago de Maracaibo desde la capilla en su casa de Los Haticos. Cosas simples como los cambios del tiempo, el descenso de la temperatura después de un chubasco, los efectos de los cambios lunares, la exuberancia de la flora tropical, hacían del diario vivir

un proceso en el cual lo especial era descubrir la sensualidad propia y ajena.

El temor a las enfermedades y las pestes, sobre todo a la aniquiladora fiebre amarilla, que exigía incluso ir a temperar a sitios alejados para pasar la enfermedad, ponía un acento dramático a la vida tropical. La zona cercana al Fuerte San Carlos era el lugar de cura más inmediato a Maracaibo; cuando los enfermos no se dirigían allí, partían a realizar largas visitas a amigos, que residían en lugares menos propicios al mal, donde el clima era más temperado. Éste fue el caso de una de las institutrices de Gross, quien fue enviada a San Esteban, una pequeña población cercana a Puerto Cabello. Aquellos alemanes enfermos que podían, regresaban definitivamente a la patria.

Pero la medicina de la época contaba, en Maracaibo al menos, con la fortaleza y el humor de Gross para superar las vicisitudes: valor para enfrentar las decisiones autoritarias del médico que decidía *quien debía vivir y quien no*, y el talante para reír ante el cuadro del dentista venido de Nueva York con su equipo ambulante compuesto de silla, instrumental y ayudante, en momentos cuando ella descubría que el baile, ciertamente, quitaba muchos males, incluido el dolor de muelas, o alegrarse por el restablecimiento de su hija debido al agua de lluvia recogida de los tejados de la nueva casa de Los Haticos, la cual *tenía cierto contenido de calcio* que faltaba en el agua de lluvia normal. No era poca cosa el problema del agua potable en Maracaibo. Cuando escaseaba el agua de lluvia, se consumía la potable traída por navíos como el vapor *Uribante* o la piragua *Joven Amalia*, ambos pertenecientes al *empresario de agua potable* Julio E. García, desde lugares tan apartados como las estaciones establecidas en el río Motatán, río Limón o en La Laguneta<sup>15</sup>.

#### La idiosincracia criolla: *¡aquí no hay contratos!*

Elisabeth Gross siempre tuvo dificultades para conformar un buen equipo de trabajo y sentirse respaldada por éste. Pronto se dio cuenta que estructurar un plan de trabajo o de labores a cumplir por su servidumbre era una empresa bizantina, simplemente imposible. Las condiciones del tiempo determinaban las horas de trabajo de los criollos. El calor y la alta presión ambiental eran razones suficientes para aminorar esfuerzos y rendimientos. Gross entendió que si el frío extremo de Alemania podía afectar el trabajo, en el trópico era el calor.

Comprendió poco a poco los tiempos locales y las costumbres que éstos regían. De esta manera, si la sucursal de la Casa Blohm permitía la siesta de sus empleados, ella no veía nada malo en permitirselo también a la servidumbre. Pero había casos extremos que la disgustaban y que aceptó a regañadientes: la cocinera de la rancharía gozaba de varias siestas al día: en

la mañana, después de hacer compras en el mercado, descansaba hasta la hora de preparar almuerzo; una segunda pausa laboral era condición para trabajar luego en la elaboración de la cena. Pero si bien Gross podía permitir algunos extras, no podía aceptar la viveza criolla del beneficio por usufructo de lo ajeno, especialmente si ese ajeno, era suyo. Tales fueron los casos de la lavandera contratada por Gross, cuyos trajes, descubrió con estupor, la empleada alquilaba a terceros ajustándolos con listones a los lados según la talla de sus clientas, y de un criado despedido quien, amparado en la oscuridad de la noche, se infiltraba a dormir en la casa de su patrona.

La viveza criolla, incluso hasta en cosas que la beneficiaban, podía perturbar a Gross. Para obtener ganancias en cualquier negocio, se aprovechaban al máximo las ocasiones, aunque los beneficios, resultado de los tratos hechos, parecieren ante sus ojos no tener sentido. En la mentalidad de Gross era casi absurdo que los albañiles, contratados para construir su casa de Los Haticos, hubiesen adquirido las tejas para el techo, una compra de ocasión a muy bajo precio, cuando aún el piso no había siquiera sido echado.

La aguda observación femenina la llevó a captar el inteligente arte de las criollas en terrenos de la coquetería. No sólo las mujeres del trópico eran consideradas lujuriosas, sino también los hombres. En Maracaibo, en oportunidad de acudir al teatro donde los Gross se disponían a escuchar a la pianista venezolana Teresa Carreño, el escote del vestido de Elisabeth, que permitía ver parte de su blanca piel, produjo en un negro tal excitación que éste tuvo que ser sacado a la fuerza por empleados del local. Rodolfo Gross, quien consideró el atuendo de su esposa una provocación, le prohibió volver a usar el vestido. Pero Elisabeth le hizo caso a medias porque colocó sobre el conflictivo escote una pieza de tul transparente.

Elisabeth supo entender que en el medio donde vivía, la cultura y la educación no siempre iban de la mano, y que cierto atraso social se debía, en parte, al temor a los cambios. Ella comprendió las excusas fútiles de sus criados y las transformó a su favor despertando en ellos la curiosidad, inclinación muy marcada en una de sus cocineras. La experta en culinaria, después de mucho protestar que le querían cambiar sus hábitos de cocina, terminó practicando sus artes en el anafre, que para la criada *era cosa del diablo*, mandado a traer por Gross para acortar los tiempos en la cocina.

Gross tuvo, asimismo, que acostumbrarse a esa forma tan natural de ser de muchos venezolanos de eludir compromisos, más si éstos eran de trabajo. Un buen ejemplo de ello es el guía del tranvía a Los Haticos: Gross lo descubrió un día mascullando sobre la poca dignidad de la obligación que tenía el conductor de barrer los vagones. Otro caso fue el de sus criadas, quienes no pocas veces se mostraron ariscas a la hora de la limpieza, cuando poco dispuestas a quitar el polvo de los muebles con el trapo dado por la

patrona, disponían, como era costumbre, del volante de sus vestidos para tal fin. Otro caso fue Agustina, una aya contratada para acompañar a Gross a Europa, quien en nombre del amor desistió a última hora del viaje, lo cual ocasionó no pocas angustias en busca de su remplazo. El equilibrio de la balanza era el control ejercido por Gross sobre las institutrices contratadas en Alemania para la educación de sus hijos. Estas jóvenes cumplían casi sin excepción con las obligaciones que habían contraído previamente por contrato, cosa a la cual no se prestaban las criadas criollas. De ahí la expresión de la Gross: *¡aquí no hay contratos!*

Otra diferencia con Alemania era *la mala costumbre de poner la casa a la orden*, ofrecimiento que según Gross no debía hacerse nunca a los criollos y menos a sus criados. Aquí, indicaba con irritación, *hay la costumbre que cuando uno invita a los padres, viene toda la familia*, lo cual obligaba a tener especial cuidado con las invitaciones a reuniones, pues los visitantes llegaban usualmente con niños y criados en tal número que podían llenar todo un recinto. De las malas mañas de su servidumbre hay en las cartas de Gross momentos hilarantes. ¿Qué decir de su confianzuda mucama Cleotilde, quien antes de retirarse del empleo cargó con todas las cucharillas, o alquilaba cuartos en la casa de sus patronos cuando éstos estaban de viaje? ¿O de la aya Carmela, quien de *todos los hoteles y en los barcos se cogía cucharillas, pensando que serían de plata pura*? Aspecto curioso es el interés de las criadas por llevarse sólo las cucharillas y dejar los tenedores y los cuchillos aunque todo el juego fuese de plata...

Como hemos visto, las cartas de Elisabeth Gross permiten no sólo acercarnos a otra época, sino a tomar conciencia de las dificultades de la aclimatación a un medio geográfico, social y cultural extraño, en especial cuando hay una auténtica voluntad de adaptación. Desde la perspectiva de esta ama de casa, el lector de sus misivas puede convertirse en testigo casi ocular de un grupo social, residenciado en un medio aparentemente hostil, deseoso de solventar las distancias con la patria. Puede también el lector sentir lo envolvente y exuberante del medio geográfico, recrearse con las comparaciones de paisajes propios y distantes, y comparar dos estilos de vida completamente diferentes pero que, al final, pueden encontrarse.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Elisabeth Gross, *Vida alemana en la lejanía*. Caracas, Asociación Humboldt Maracaibo, 1989, p. 231.
- <sup>2</sup> Sobre estos aspectos, veáse la obra de Wolfgang J. Mommsen, *La época del imperia-lismo (Europa 1885-1918)*. Madrid, Editorial Siglo XXI, 1975, pp. 360. La primera edición alemana data de 1969.
- <sup>3</sup> Los textos de Rolf Walter, *Los alemanes en Venezuela*. Caracas, Asociación Cultural Humboldt, 1985, p. 283, y de Heinrich Rode, *Los alemanes en el Táchira (siglo XIX y XX) (Memorias)*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, vol. 106, 1993, p. 313, dan testimonio del trance económico-político interno alemán, reflejado *a posteriori* en la actividad comercial expansiva que Bismarck llevó a cabo. Heinrich Rode, *op. cit.*, p. 53.
- <sup>4</sup> *Ibidem*, p. 52.
- <sup>6</sup> Sobre diplomáticos e inmigración de alemanes a Venezuela véanse los datos aportados por Rolf Walter en su obra *Los alemanes en Venezuela*.
- <sup>7</sup> *Ibidem*, p. 168.
- <sup>8</sup> Sobre el comercio del café véase Heinrich Rode, *op. cit.*, y Alicia Ardao, *El café y las ciudades en los Andes venezolanos (1870-1930)*. (Fuentes para la historia republicana de Venezuela, n° 34) Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1984, p. 316.
- <sup>9</sup> Heinrich Rode, *op. cit.*, p. 213.
- <sup>10</sup> Heinrich Rode en sus *Memorias* dedica toda una página a la aplicación oportuna de *giros populares* y a los conocimientos de lenguas extranjeras de los *aristócratas* de Hamburgo (p. 63).
- <sup>11</sup> *Ibidem*, p. 30.
- <sup>12</sup> *Ibidem*, p. 52.
- <sup>13</sup> Una valiosa fuente gráfica de alto valor para el historiador interesado en lo urbano, y en especial de Hamburgo, la constituye el *Calendarium Hamburgense* publicado desde 1963. Das Topographikon Verlagsgesellschaft, Hamburgo.
- <sup>14</sup> *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, T. II, p. 623. La excentricidad del Dr. Gottfried Knoche es ejemplar: amparándose en diferentes resoluciones del gobierno, que consideraban los ornatos para tumbas como *objetos artísticos de carácter monumental*, el médico solicitó en 1885 la exención de impuestos aduanales para un túmulo de mármol llegado en el vapor alemán *Borussia*, que según él había importado *para erigírselo a un miembro de la familia, ya difunto* en La Guaira. No es de extrañar que este túmulo sea la lápida vista por Gross en 1888 y sobre la cual Knoche dejaba correr su imaginación acerca de lo bonito que sería cuando él descansase allí. Véase Archivo General de la Nación, Ministerio de Fomento, Legajo s/n, 1885 (en adelante AGN).
- <sup>15</sup> Julio E. García, el 1-7-1885 importó materiales para reparar los navíos. En carta al Ministerio de Fomento informa del uso dado en la empresa desde 1883. AGN, *Legajos sin clasificar*, documentos varios.